

tierra enemiga durante trece años, tan lejos de su país, á pesar de todas las vicisitudes de la guerra, al frente de un ejército formado, no de conciudadanos, sino de confusa aglomeración de hombres de todas naciones que no tenían ni las mismas leyes, ni las mismas costumbres, ni el mismo lenguaje; cuyo aspecto, trajes, armas, culto, religión y casi los dioses eran diferentes, supo unirles con lazos tan indisolubles, que jamás se les vió ni divididos entre sí, ni sublevados contra su general. Sin embargo, frecuentemente les faltaba la paga y los víveres en el territorio enemigo, doble escasez que en la primera guerra púnica suscitó tantos conflictos deplorables entre generales y soldados. Y cuando, después de la destrucción del ejército de Asdrúbal y de la muerte de este jefe, en el que descansaba toda la esperanza del éxito, se retiró al fondo del Brucio, abandonando el resto de Italia, ¿no era verdadero prodigio no ver estallar ningún movimiento en su campamento? Porque á todos los otros trabajos habíase unido el de obtener la subsistencia del Brucio solo, que, aun cultivado en toda su extensión, no podía bastar á las necesidades de un ejército tan numeroso. Y además, la mayor parte de los jóvenes del país habían sido arrancados á los trabajos de los campos por la necesidad de combatir y por la mala costumbre que tienen aquellos pueblos de hacer de la guerra un bandolerismo. Por otra parte, Cartago no le enviaba ningún socorro, y parecía no cuidarse más que de salvar á España, como si todo prosperase por la parte de Italia. En España, la fortuna, que bajo ciertos aspectos era igual que en Italia, bajo otros era muy diferente: era igual en cuanto que los cartagineses, vencidos en una batalla, habían sido rechazados á las extremidades de

la provincia hasta las orillas del Océano; diferente, en que España, más que Italia, más que cualquiera otra comarca del mundo, ofrecía, por la naturaleza de su suelo y el carácter de sus habitantes, recursos para encender de nuevo la guerra. Esto explica que habiendo sido la primera de las provincias del continente en que penetraron los romanos, fué la última que quedó completamente sometida, cosa que ha sucedido en nuestros días bajo las órdenes y los auspicios de César Augusto. Entonces, Asdrúbal Giscón, el más grande é ilustre después de los Barca, de todos los generales que figuraban en esta guerra, acababa de dejar á Cádiz y de entrar en la España ulterior, donde, secundándole en sus tentativas de sublevación, Magón, hijo de Amílcar, hizo levás y puso en pie de guerra cincuenta mil hombres de infantería y cuatro mil quinientos caballos. En cuanto á la caballería, casi todos los autores están de acuerdo; pero algunos historiadores han dicho que llevó bajo las murallas de Silpia setenta mil infantes. Decididos los dos generales cartagineses á no rehusar el combate, establecieron su campamento á la entrada de inmensa llanura.

Al tener noticia Scipión de aquel formidable armamento, pensó que con las legiones romanas no podría hacer frente á tantas fuerzas, y que, al menos por forma, debía oponerles bárbaros auxiliares, sin confiar, sin embargo, mucho en ellos, para que su inconstancia, causa del desastre de su padre y de su tío, no pesase demasiado en la balanza. Envió, pues, Silano á Colcas, que reinaba en veintiocho ciudades, é hizo pedir á este príncipe la caballería é infantería que había hecho alistar durante el invierno. Él mismo salió de Tarragona, levantó algunas tropas auxiliares entre los alia-

dos al cruzar sus tierras, y marchó á Castulón. Allí le llevó Silano como refuerzo tres mil infantes y quinientos caballos, y avanzó á Becula con todo su ejército, fuerte de cuarenta y cinco mil hombres de infantería y caballería, tanto aliados como romanos. Cuando establecían el campamento, Magón y Masinisa les atacaron con su caballería, y hubiesen exterminado á los trabajadores, si algunos jinetes, ocultados por Scipión detrás de una altura que felizmente se encontraba allí, no hubiesen caído de repente sobre los que atacaban en desorden. Los más fogosos, aquellos cuya intrepidez les había llevado hasta el pie de las empalizadas y cerca de los trabajadores, se dispersaron al primer choque; pero los que marchaban bajo sus enseñas y en buen orden, resistieron por más tiempo el combate, sin que pudiese preverse el resultado. Al fin, habiendo podido las cohortes desembarazarse del bagaje, acudieron del campamento, siguiéndolas soldados á quienes se separaba del trabajo para hacerles tomar las armas, y en seguida tropas frescas más numerosas destinadas á reemplazar á los combatientes fatigados, y muy pronto, gran parte del ejército se lanzó al campo de batalla. Entonces los cartagineses y númidas no vacilaron en huir, retirándose primeramente por grupos, sin que la precipitación ó el miedo alterasen sus filas. Pero los romanos atacaron tan vigorosamente su retaguardia, que, no pudiendo resistir el choque, no guardaron ya las filas y huyeron todos por el camino más corto. Este combate, afirmando la confianza de los romanos, desanimó á los cartagineses; sin embargo, durante algunos días aún la caballería y las tropas ligeras continuaron sosteniendo escaramuzas.

Cuando se hubieron probado bastante en estos ligeros

combates, se presentó Asdrúbal con sus tropas formadas en batalla; los romanos salieron á su vez. Pero los dos ejércitos permanecieron inmóviles delante de sus parapetos; ninguno trabó combate, y ya declinaba el día cuando los cartagineses primero y después los romanos volvieron á los campamentos. Esta maniobra se repitió en los días siguientes. Asdrúbal se presentaba siempre el primero en batalla, y el primero también daba la señal de retirada á sus soldados, fatigados de estar sobre las armas; ni de una ni otra parte se movían, ninguno arrojaba un venablo ni lanzaba un grito. Veíase en el centro, por un lado los romanos, por otro los cartagineses mezclados con los africanos; los aliados formaban las alas, y en los dos ejércitos había españoles. Delante del frente de los cartagineses veíanse desde lejos los elefantes como otras tantas torres. En los dos campamentos se repetía ya que aquel orden sería el de la batalla; en los centros los romanos contra los cartagineses, y como la guerra era entre ellos, desplegarían igual valor é iguales esfuerzos en el combate. Viendo Scipión arraigada aquella creencia, cambió de intento sus planes para el día en que pensaba llegar á las manos. La víspera, por la noche, dió orden de que, antes de amanecer, tanto los hombres como los caballos estuviesen dispuestos y alimentados; los jinetes, sobre las armas, debían tener los caballos ensillados y embridados. Al amanecer lanzó toda su caballería y tropas ligeras contra las avanzadas enemigas, y en seguida avanzó él mismo á la cabeza de las legiones, después de haber colocado los aliados en el centro, contra la opinión general de los suyos y del enemigo. Despertado Asdrúbal por el ruido de su caballería, se precipitó fuera de su tienda, vió la alarma producida delante de su cam-

pamento, la confusión de los suyos, las enseñas de las legiones que brillaban á lo lejos, y toda la llanura cubierta de enemigos, por la que lanzó en el acto toda su caballería contra la caballería romana. En seguida salió del campamento con la infantería sin cambiar en nada su acostumbrado orden de batalla. La caballería estaba peleando ya largo tiempo sin resultado, y aquel combate no podía decidirse por sí mismo, porque rechazados alternativamente, cada bando se replegaba con toda seguridad sobre su infantería. Pero cuando los dos ejércitos no distaron más que quinientos pasos, Scipión mandó tocar retirada, abrió las filas y recibió en ellas á la caballería y las tropas ligeras, que dividió en dos cuerpos, y colocó como reservas detrás de las alas. Después, cuando llegó el momento de comenzar el ataque, mandó á los españoles, que estaban en el centro, que marchasen muy despacio, y, desde el ala derecha que mandaba él, envió á Silano y á Marcio orden de extender el ala izquierda, repitiendo la maniobra que le verían hacer en la derecha, y que lanzasen sus tropas ligeras, infantería y caballería, contra el enemigo, antes de que chocasen los centros. Desenvueltas de esta manera las alas, marcharon cada una con tres cohortes de infantería, tres turmas de caballería y los vélites, corriendo al enemigo, siguiendo los otros que marchaban oblicuamente. La línea era reentrante en el centro, por efecto de la lenta marcha de los españoles. Ya estaban combatiendo en las alas, y lo más escogido del ejército enemigo, los veteranos cartagineses y africanos, ni siquiera estaban á tiro de venablo, ni se atrevían, para socorrer á los suyos, á dirigirse á las alas, por temor de abrir el centro ante los romanos, que avanzaban de frente. Sus alas tenían que sostener

doble lucha; la caballería, las tropas ligeras y los vélites las habían rodeado para atacarlas por el flanco, y las cohortes las atacaban de frente, procurando separarlas del resto del ejército.

Dos razones contribuían á que el combate no fuese igual en todos los puntos: por una parte, los honderos baleares y los bisoños españoles tenían que habérselas con los romanos y los latinos; y por otra, avanzando el día, agotaba las fuerzas de los soldados de Asdrúbal, que, sorprendidos por el repentino ataque de la mañana, habíanse visto obligados á salir precipitadamente, sin haber tomado alimento. Calculando esto, prolongó Scipión el combate para llegar á la tarde. A la hora séptima, solamente la infantería había trabado batalla en las alas. El centro no entró en acción hasta mucho después; de manera que el ardor del sol de mediodía, la fatiga que experimentaban permaneciendo de pie sobre las armas, el hambre y la sed habían extenuado á los cartagineses antes de llegar á las manos; así era que se mantenían apoyados en los escudos. Además, los elefantes, asustados por el tumultuoso ataque de la caballería, de los vélites y de las tropas ligeras, se habían trasladado de las alas al centro. Abrumados entonces de fatiga y desalentados, los enemigos comenzaron á moverse, sin abandonar las filas, y como si por orden de su general ejecutasen, sin ser atacados, un movimiento retrógrado. Pero al verles replegarse, redobló el ardor de los vencedores, que se precipitaron por todas partes sobre ellos, siendo el choque irresistible. En vano detenía Asdrúbal á los fugitivos; en vano se atravesaba en su camino, gritándoles que tenían á la espalda colinas, en las que encontrarían segura retirada si retrocedían en buen orden. El miedo se so-

brepuso á la honra; las primeras filas se rompieron delante del enemigo, huyendo todos en seguida y haciéndose completa la derrota. Las enseñas se detuvieron primeramente al pie de las colinas, y los soldados comenzaron á rehacer las filas, al observar que los romanos vacilaban en subir la colina que tenían enfrente. Pero cuando les vieron avanzar con intrepidez, emprendieron de nuevo la fuga, y fueron rechazados en derrota hasta su campamento. El soldado romano tocaba á las empalizadas, y, en su impetuosidad, se hubiese apoderado de ellas, si á los rayos de un sol abrasador, como los que penetran entre oscuras nubes, no hubiese seguido lluvia tan copiosa, que apenas pudieron los vencedores entrar en su campamento: algunos hasta tuvieron escrúpulo religioso de intentar aquel día nuevos esfuerzos. Los cartagineses estaban extenuados de fatiga; debilitados por las heridas, la noche y la tempestad les invitaban á descanso muy necesario; pero sus temores y peligros no les dejaban espacio para ello. Persuadidos de que al amanecer el enemigo atacaría su campamento, trajeron de todos los valles inmediatos piedras con que levantaron sus parapetos, buscando en las fortificaciones la seguridad que no encontraban en sus armas; pero la deserción de sus aliados les demostró que era más prudente huir que esperar. La deserción comenzó por Atano, rey de los turditanos, que pasó á los romanos con muchos compatriotas suyos; dos plazas fuertes, con su guarnición, fueron entregadas en seguida á Scipión por sus jefes. Viendo Asdrúbal que, una vez inclinados los ánimos á la deserción, el contagio se propagaría á todos, decampó á la noche siguiente.

Scipión se enteró al amanecer, por el parte de

sus avanzadas, de la marcha del enemigo, hizo salir delante á la caballería y se puso en su persecución. Tal fué la rapidez de su marcha, que de haber seguido directamente las huellas de los cartagineses, sin duda alguna les hubiese alcanzado. Pero dió crédito á los guías, que aseguraron la existencia de un camino más corto que llevaba al Betis, y que podrían atacar al enemigo al pasar el río. Encontrándole guardado Asdrúbal, volvió hacia el Océano; sus soldados huían entonces con tal precipitación, que pusieron gran distancia entre ellos y las legiones romanas. Sin embargo, la caballería y las tropas ligeras, presentándose en tanto á retaguardia, en tanto en el flanco, hostigaban y retrataban su retirada. Como á cada alarma era necesario detenerse y hacer frente, bien á la caballería, bien á los vélites y á la infantería auxiliar, llegaron las legiones. Desde aquel momento, más que combate, aquello fué carnicería. Al fin, aconsejando el mismo Asdrúbal la fuga á sus soldados, escapó á las alturas cercanas con unos seis mil hombres casi desarmados. Los demás cayeron muertos ó prisioneros. Los cartagineses establecieron apresuradamente y fortificaron un campamento en la colina más elevada, y desde allí se defendieron fácilmente contra un enemigo que se cansaba en vanos esfuerzos para subir una pendiente escarpada. Pero apenas podía sostenerse durante algunos días aquella posición en terreno desnudo y sin recursos; así era que aumentaban las deserciones. Asdrúbal, al fin, habiendo hecho venir algunas naves (porque se encontraba cerca del mar), abandonó al ejército durante la noche, y huyó á Cádiz. Al tener noticia de aquella fuga, Scipión dejó diez mil infantes y mil caballos á Silano para bloquear el campamento, y partiendo con

el resto del ejército, volvió á Tarragona en setenta días, después de haberse informado en el camino acerca de la conducta de los reyes y de los pueblos, para poder recompensar á cada uno según sus méritos. Después de su marcha, Masinisa tuvo una entrevista secreta con Silano, y para preparar á su pueblo á que siguiese sus nuevos proyectos, pasó al Africa con algunos compatriotas suyos. Poco se conocieron entonces las razones que determinaron aquel repentino cambio; pero la inalterable fidelidad que mostró después á los romanos hasta su extrema vejez, demostró que no había obrado sino por motivos muy graves. Magón se embarcó á su vez en las naves que le envió Asdrúbal, y marchó á Cádiz. Los demás, viéndose abandonados de sus jefes, huyeron ó desertaron, dispersándose en las ciudades inmediatas, no quedando ni un solo cuerpo con número ó fuerza imponente. De esta manera, bajo la dirección y auspicios de Scipión, fueron arrojados de España los cartagineses, el año décimotercio de la guerra y quinto desde que Scipión tomó el mando de la provincia y del ejército. Poco después se reunió Silano con Scipión en Tarragona, y le enteró de sus triunfos.

L. Scipión marchó á Roma con muchos prisioneros importantes para anunciar allí que España estaba reconquistada. En medio del regocijo general, y cuando todos ensalzaban á porfía su gloria, el héroe que había realizado aquella brillante obra era el único que, en su insaciable deseo de grandes hazañas y de verdadera grandeza, consideraba la conquista de España como débil muestra de los triunfos cuya esperanza había concebido su vasto genio. Sus miradas se dirigían al Africa, á la gran Cartago, á la gloria que cubriría su nom-

bre si terminaba aquella guerra. Así, pues, comprendiendo que debía allanar de antemano las dificultades y atraerse los ánimos de los reyes y de los pueblos, decidió sondear primeramente á Syfax, rey de los masesilios. Esta nación, vecina de los moros, habita enfrente de la costa de España en que se encuentra Cartagena. En esta época mediaba alianza entre Syfax y los cartagineses. Scipión pensó que á los ojos de este príncipe la alianza no era más grave, más inviolable que para los demás bárbaros, cuya fidelidad está siempre subordinada á las vicisitudes de la fortuna, y le envió á C. Lelio con regalos. El bárbaro recibió con alegría aquellos dones. Viendo que por todas partes sonreía la fortuna á Roma, mientras que Cartago, desgraciada en Italia, estaba perdida sin remedio en España, consintió entrar en la alianza de los romanos; pero no quería, dijo, prestar ni recibir juramento sino en presencia del general romano. Lelio se limitó á conseguir del Rey un salvo conducto para llegar á su corte y volvió junto á Scipión. Cosa muy importante era, para quien ambicionaba la conquista de Africa, la amistad de Syfax, el rey más poderoso de aquella comarca, que ya había luchado con la misma Cartago, y cuyos estados estaban tan perfectamente situados con relación á España, de la que les separaba estrecho poco importante. Scipión reconoció aquella ventaja como asaz importante para adquirirla, puesto que era preciso, á costa de gran peligro; dejó, pues, á L. Marcio en Tarragona y á M. Silano en Cartagena, á donde había ido á pie y á marchas forzadas; confiésle la guarda de España, partió de Cartagena con C. Lelio con dos quinquerremes, y aprovechando la tranquilidad del mar, consiguió á fuerza de remos, y ayudado á veces por ligero viento, tomar

tierra en Africa. La casualidad dispuso que en aquel mismo momento Asdrúbal, lanzado de España, entrase en el puerto con siete trirremes, arrojase el ancla y tratase de desembarcar en la playa. Al ver las dos quinquerremes no dudó que fuesen enemigos, y que, gracias á la superioridad de su número, fácilmente los destruyera antes de llegar al puerto; pero el apresuramiento de soldados y marineros, que preparaban sus armas y desatracaban las naves, solamente produjo inútil alarma. Impulsadas por brisa algo más fresca que soplaba del mar, las quinquerremes estaban ya en el puerto cuando los cartagineses no habían levado aún el ancla, y nadie se atrevió á intentar un ataque formal en un puerto del Rey. Asdrúbal desembarcó el primero; Scipión y Lelio saltaron en seguida á tierra y los tres marcharon á ver á Syfax.

Mucho agradó á Syfax, como no podía menos, ver á los generales de los dos pueblos más poderosos de aquella época llegar el mismo día en demanda de su alianza y amistad. A los dos les ofreció hospitalidad, y como la casualidad les había reunido bajo el mismo techo y en el mismo hogar, trató de ponerles en comunicación esperando que terminarían su larga querrela. Scipión se excusó, no teniendo contra Asdrúbal, decía, ninguna enemistad personal que pudiese terminar en una entrevista; en cuanto á los asuntos de la república, no podía tratar con un enemigo sin autorización del Senado. El Rey no quería en manera alguna que pareciese excluía de su mesa á ninguno de sus huéspedes, é insistió con Scipión para que ocupase un puesto con Asdrúbal, á lo que no se resistió. Cenaron, pues, con Sifax, y el mismo lecho sirvió á Scipión y Asdrúbal, según el deseo del Rey. Tal era la perfecta urbanidad

de Scipión y la dúctil naturaleza de su ingenio para prestarse á todos los papeles que, no solamente Syfax, bárbaro extraño á la civilización romana, sino el mismo Asdrúbal, aquel enemigo tan encarnizado, quedaron seducidos por el encanto de su conversación. Aquel hombre, decía Asdrúbal, le había parecido más admirable en la familiaridad de la conversación que en toda la gloria de sus hazañas. No dudaba que desde aquel momento perteneciesen á los romanos Syfax y su reino, ¡tanto arte tenía aquel hombre para atraerse los ánimos! No debía pensar ya Cartago en la pérdida de España, sino que debía vigilar por la conservación de Africa. ¿Era acaso el encanto de un viaje, de un paseo á lo largo de una costa risueña, lo que había decidido á tan célebre general á dejar una provincia recientemente sometida, á alejarse de sus ejércitos para pasar con dos naves al Africa, país enemigo cuya adhesión á su Rey era conocida? No. Scipión aspiraba á conquistar el Africa. El pensamiento que desde mucho tiempo alimentaba en su mente, que anunciaba con claridad, era que á ejemplo de Aníbal, que había llevado la guerra á Italia, él llevaría la guerra al Africa. Scipión hizo alianza con Syfax, dejó el Africa, y después de haber sido combatido en alta mar por vientos varios y frecuentemente huracanados, llegó al cuarto día al puerto de Cartagena.

Si la guerra púnica había terminado en las Españas, ciudades había que, teniendo el convencimiento de sus culpas, estaban tranquilas, más por temor que por adhesión. Las más importantes y las más culpables eran Ilturgis y Castulo. Esta, que había sido aliada de los romanos en la prosperidad, después de la muerte de los Scipiones y de la destrucción de sus ejércitos, se

entregó á los cartagineses. Iliturgis entregó ó degolló los restos de aquellos ejércitos refugiados en sus murallas, añadiendo de esta manera el crimen á la traición. Su castigo, á la llegada de Scipión, cuando la posesión de España no estaba asegurada aún, hubiese sido más justo que útil; pero cuando reinaba la calma, parecía haber llegado el momento de la venganza. Así, pues, el general hizo venir de Tarragona á L. Marcio con la tercera parte de las tropas, y le envió á sitiar á Castulo; y él mismo se puso al frente del resto del ejército, y llegó en cinco días de marcha bajo las murallas de Iliturgis. Las puertas estaban cerradas y tomadas todas las medidas y disposiciones para resistir. El convencimiento del castigo que merecía su delito había reemplazado para los habitantes la declaración de guerra. Esta circunstancia dió pie á la arenga que Scipión dirigió á sus soldados: «Aquellas puertas cerradas revelaban en los españoles el temor del castigo que merecían; por esta razón era necesario atacarlas con más encarnizamiento que á los cartagineses: con éstos se luchaba casi sin cólera, disputándose el imperio y la gloria; pero aquéllos habían mostrado tanta perfidia, crueldad y perversidad, que gritaban venganza. Había llegado el momento de castigar el infame degüello de sus compañeros y la traición que les amenazaba á ellos mismos, si la fuga les hubiese llevado á aquella ciudad. Necesario era demostrar á todos los siglos con un ejemplo terrible que en buena ó mala fortuna no se debía ultrajar al ciudadano, al soldado romano.» Esta arenga del general inflamó todos los corazones: diéronse las escalas á hombres escogidos de cada manipulo, el ejército quedó dividido en dos cuerpos, mandando uno de ellos el legado Lelio, y el ataque se dirigió sobre dos

puntos á la vez para añadir la ansiedad al terror. No era un jefe único ó la reunión de los principales habitantes, sino la conciencia de su crimen y el miedo lo que estimulaba á los sitiados á defender sus murallas con valor. Pensaban y se decían unos á otros «que se deseaba su suplicio más bien que una victoria. El asunto para ellos era saber dónde habían de morir: si en el combate, si en el campo de batalla, donde la inconstancia del dios de la guerra frecuentemente levantaba al vencido para abatir al vencedor, ó bien bajo los humeantes escombros de su ciudad, á los ojos de sus esposas y de sus hijos, cautivos entre cadenas, bajo las varas, y cubiertos de ultrajes é ignominia.» Así se vió además de la juventud en edad de servir, los hombres maduros y hasta las mujeres y los niños, dominando su debilidad y timidez, dar armas á los combatientes y llevar á los trabajadores piedras para las fortificaciones. Tratábase para ellos de más que la libertad, cuyo sentimiento tanto impulsa al hombre valeroso; ante los ojos tenían el cuadro de los suplicios más crueles, y la muerte más ignominiosa. Las fatigas y peligros que á porfía arrostraban unos y otros á la vista de todos, exaltaban el valor. Así es que tal fué el encarnizamiento del combate, que aquel ejército que había conquistado toda España, se vió detenido por los defensores de una sola plaza, frecuentemente rechazado de sus murallas y á punto de empañar su gloria con el miedo. Observó Scipión; temió que la inutilidad de sus esfuerzos, redoblando el valor del enemigo, contuviese el ardor de los suyos; decidió arrostrar él mismo el peligro, reconvinó á los soldados por su cobardía, mandó llevar escalas y declaró con voz amenazadora que, si vacilaban, iba á subir él mismo. Ya se encontraba, á pesar del pe-

ligro, al pie de la muralla, cuando un grito de temor por la vida del general partió de todas las filas, aplicándose al mismo tiempo las escalas en muchos puntos, mientras que por otro lado daba el asalto Lelio. Entonces perdieron valor los habitantes; sus soldados fueron rechazados y tomadas las murallas.

Hasta la fortaleza fué tomada en aquel ataque por un lado que parecía inaccesible. Los desertores africanos que servían entonces como auxiliares en el ejército romano, aprovechando la circunstancia de que todos los habitantes estaban ocupados en la defensa de los puntos amenazados, y que los romanos escalaban por donde podían, se dirigieron á la parte más alta de la ciudad. Habían observado que aquel sitio, protegido por una roca escarpada, no tenía murallas ni defensores. Aquellos hombres naturalmente ágiles, y que mantenían su agilidad con frecuentes ejercicios, se habían provisto de clavos de hierro, y cogiéndose como podían á las escabrosidades de la roca, comenzaron á trepar. En los puntos á pico ó muy resbaladizos clavaban los clavos de trecho en trecho formando como escalones, y con este auxilio los primeros subían á los siguientes, empujados también por los últimos: de esta manera llegaron todos á lo alto. Desde allí bajaron corriendo á la ciudad, que estaba ya en poder de los romanos. Bien se vió entonces que la cólera y el odio habían decidido aquel sitio; ninguno pensó en hacer prisioneros ni en saquear las casas cuyas puertas estaban abiertas. Sin piedad degollaron á los hombres armados y á los que no tenían armas; ni las mujeres ni los niños encontraron compasión ante aquella ira cruel. En seguida prendieron fuego á las casas y demolieron todo aquello que el incendio no pudo destruir: ¡tanto empeño tenían en

destruir hasta los vestigios de una ciudad enemiga y borrar hasta el recuerdo de su posición! En seguida marchó Scipión contra Castulo: defendían esta ciudad los españoles que se habían reunido y los restos del ejército cartaginés que la fuga había llevado allí de todas partes. A la llegada de Scipión, precedido por la noticia del desastre de Iiturgis, el terror y la desesperación se apoderaron de todos los corazones; pero como los intereses eran diversos, cada cual quiso atender á su seguridad sin cuidarse de la de los otros: de esto resultó, primeramente secreta desconfianza, después completa ruptura entre cartagineses y españoles. Cerdubelo propuso francamente á éstos la rendición, y á pesar de Hamilcón, jefe de los auxiliares cartagineses, por tratado secreto entregó la ciudad y sus defensores á los romanos. Esta victoria fué suave; el delito no era tan grande, y tal vez el resentimiento quedó desarmado por aquella rendición voluntaria.

Marcio fué enviado en seguida contra aquellos bárbaros que no estaban subyugados aún, para reducirles á la obediencia. Scipión regresó á Cartagena para cumplir sus votos á los dioses y celebrar los juegos de gladiadores que había preparado en honor de los manes de su padre y de su tío. No se vió figurar en aquellos juegos atletas de la clase de esclavos, entre los que reclutan los lanistas sus gladiadores, mercenarios que venden su sangre, sino combatientes voluntarios y gratuitos. Los principales del país habían enviado algunos para demostrar el valor natural de su nación; otros habían declarado que bajarían á la arena en honor de su general, y algunos se presentaron por espíritu de lucha y rivalidad, por la satisfacción de proponer ó aceptar un desafío. Trabados algunos en cuestiones que



no habían podido ó no habían querido terminar pacíficamente, convinieron que decidiese la victoria y se encomendaron á la espada. Y no eran estos hombres oscuros, sino nobles y preclaros varones: entre otros Corbis y Orsa, primos hermanos que se disputaban la primacía de una ciudad llamada Ibes, y que decidieron resolver su querrela por las armas. Corbis era mayor, pero Orsa era hijo del último rey, que, á la muerte de su hermano mayor, había heredado la corona. Scipión quería atraerles á una discusión tranquila y reconciliarles; pero los dos contestaron «que ya se habían negado á sus parientes comunes, y que entre los dioses y los hombres no tendrían otro juez que Marte.» Corbis estaba orgulloso de su fuerza; Orsa de su juventud, y cada uno de ellos prefería morir combatiendo á someterse á la autoridad de su rival. Nada pudo hacerles renunciar á su furiosa enemistad, y su combate fué á la vez para el ejército espectáculo raro y prueba evidente de los males que la ambición produce entre los mortales. El mayor triunfo fácilmente, por su destreza y habilidad en el manejo de las armas, de la fogosa experiencia del joven. A la lucha de gladiadores sucedieron juegos fúnebres celebrados con toda la pompa que permitían los recursos de la provincia y del campamento.

Entretanto, los legados impulsaban vivamente la guerra. Habiendo Marcio pasado el Betis, llamado Certis por los indígenas, recibió sin combate la sumisión de dos ciudades poderosas. Astapa había seguido constantemente el partido de los cartagineses; pero no se le censuraba tanto esta fidelidad como el odio implacable que tenía á los romanos y que no justificaban las necesidades de la guerra. Y sin embargo, la ciudad no tenía

posición ni murallas bastante fuertes para inspirar tanta audacia á sus habitantes. Especial afición al bandolerismo les impulsaba á las tierras de sus vecinos aliados de Roma, haciéndoles sorprender á los soldados, á los criados del ejército y á los mercaderes extraviados. También habían atacado un convoy considerable que atravesaba el país con fuerte escolta, para mayor seguridad, y habiéndola rodeado en posición desfavorable, la exterminaron. Cuando se presentó el ejército ante sus murallas para sitiárlas, el convencimiento de sus crímenes les hizo comprender que la capitulación no desarmaría la justa indignación de los romanos. No esperando tampoco salvar la vida detrás de las murallas ó con el auxilio de sus armas, imaginaron contra ellos mismos y contra los suyos espantosa maldad. Eligieron un punto en su foro para amontonar en él los objetos más preciosos; hicieron sentar encima á sus esposas é hijos, elevaron en derredor una pira y arrojaron en ella haces de ramaje seco. Cincuenta jóvenes bien armados quedaron encargados de vigilar, mientras el resultado del combate fuese dudoso, aquel paraje que encerraba sus tesoros y las personas que les eran más queridas que los tesoros mismos. Si la fortuna se declaraba contra ellos y la ciudad se encontraba á punto de caer en manos del enemigo, podrían estar seguros de que todos los que habían marchado al combate habían perecido en la lucha. «Rogábanles, pues, en nombre de los dioses superiores é inferiores, en nombre de aquella libertad que tendrían que perder aquel día por honrosa muerte, por vergonzosa esclavitud, que no dejasen ningún objeto sobre el que pudiese recaer la ira del enemigo. En la mano tenían el hierro y el fuego, y mejor era que manos amigas

y fieles destruyesen todo lo que había de perecer, que entregarlo al insultante orgullo del vencedor.» A estas exhortaciones unieron imprecaciones terribles contra aquellos que, por traición ó debilidad, vacilasen en su resolución. En seguida abrieron las puertas y salieron á la carrera, haciendo mucho ruido. Ninguna guardia fué bastante fuerte para detenerlos, porque nada podía esperarse menos que aquella audaz salida. Algunas turmas de caballería y las tropas ligeras, lanzadas de pronto fuera del campamento para hacerles frente, se presentaron ante ellos, trabándose violento combate con más impetuosidad y ardor que orden y táctica; así fué que la caballería que llegó la primera al enemigo fué rechazada y difundió temor entre las tropas ligeras. El combate hubiese llegado hasta las mismas empalizadas, si la masa de las legiones, formando apresuradamente las filas, no se hubiese presentado en batalla. También entonces hubo un momento de desorden, causado por el ciego furor y audacia insensata de un enemigo que se precipitaba delante de las heridas y de los golpes; pero oponiendo los veteranos la sangre fría á la fogosa temeridad, contuvieron con la muerte de los primeros el brío de los que les seguían. Poco después quisieron avanzar, pero como el enemigo no retrocedía, decidido á morir en su puesto, abrieron las filas, cosa que les era fácil por su considerable número, envolvieron las alas de los enemigos, y formando círculo en derredor de ellos, les mataron á todos hasta el último.

Pero este hecho era propio de enemigo irritado en el calor del combate, usando del derecho de la guerra contra hombres armados que les oponían resistencia: matanza más espantosa tenía lugar en el interior de la ciudad; mujeres y niños, multitud débil y desarmada,

eran degollados por sus conciudadanos y arrojados la mayor parte vivos aún á la pira encendida, cuya naciente llama apagaban arroyos de sangre. Cansados al fin de aquella odiosa matanza, los mismos matadores se precipitaron armados en medio del incendio. La matanza estaba ya terminada cuando llegaron los romanos vencedores, dejándoles paralizados el horror durante algún tiempo; pero el oro y la plata que brillaban en medio de aquellos montones abrasados, excitaron en ellos la avidez natural en el corazón del hombre; y al querer arrebatar aquellos tesoros á las llamas, unos quedaron consumidos por el fuego, otros medio quemados por los ardientes vapores; porque los que llegaron primero no podían retroceder, en razón á que les empujaba inmensa multitud. De esta manera quedó destruida Astapa por el hierro y el fuego, sin que la hubiesen saqueado los soldados. Marcio recibió la sumisión de otras ciudades de aquella comarca, á las que había aterrado, y llevó su ejército victorioso á Cartagena, donde se encontraba Scipión. En esta época llegaron desertores de Cádiz y prometieron entregar la ciudad, la guarnición cartaginesa, el jefe y la flota. Magón se había detenido en su fuga en esta ciudad; había reunido sus naves en el Océano, había obtenido algunos refuerzos de la costa de Africa, al otro lado del Estrecho, y conseguido, por mediación de Hannón, algunos auxiliares de las comarcas de España más inmediatas. Scipión recibió el juramento de los desertores y les empeñó su palabra; en seguida hizo partir para Cádiz á Marcio al frente de las cohortes ligeras, y á Lelio con siete trirremes y una quinquerreme, mandándoles que concertasen sus operaciones por tierra y por mar.

Scipión padeció una enfermedad bastante grave, pero

cuya gravedad exageró el rumor público, añadiendo algo cada cual á lo que había oído decir, por la natural inclinación del hombre á aumentar las noticias. Esto bastó para perturbar toda la provincia, y especialmente los puntos lejanos. Entonces se vió qué masa de enemigos habría levantado una desgracia real, puesto que falso rumor había excitado tan violentas tempestades. Los aliados violaron sus juramentos y el ejército sus deberes. Mandonio é Indibilis, que se habían lisonjeado con la esperanza de que, una vez arrojados los cartagineses, dominarían en España, y que veían frustrados sus deseos, sublevaron sus pueblos (que eran los laceditanos), armaron la juventud celtibérica, y, penetrando en las tierras de los mesetanos y de los sedetanos, aliados de los romanos, hicieron en ellas crueles estragos. Los romanos del campamento de Sucrona participaron de este extravío: éstos ascendían á ocho mil hombres, encargados de vigilar las naciones que habitaban aquende el Ebro. La agitación de los ánimos no se manifestó con ocasión de los inciertos rumores que corrían acerca de la vida del general; era anterior, y reconocía por causa la licencia que resulta ordinariamente de prolongada ociosidad, y quizá también el disgusto de la sujeción que la paz imponía á hombres acostumbrados á vivir anchamente en territorio enemigo. Primeramente murmuraron las quejas en reserva: «Si la guerra continuaba en España, ¿qué hacían ellos en aquella comarca tranquila? Si había terminado y la provincia estaba sometida, ¿por qué no les llevaban á Italia?». Después reclamaron el sueldo con insolencia impropia de las costumbres y subordinación militares. Algunos centinelas habían insultado á sus tribunos cuando recorrían de noche los puestos; algu-

nos soldados habían ido, á pesar de la paz, á merodear en los alrededores, y al fin abandonaban abiertamente las enseñas en pleno día y sin licencia. El capricho y licencia del soldado eran la única regla; ya no se observaban leyes militares ni disciplina, ni se obedecía á los jefes. Sin embargo, todo presentaba aún el aspecto de campamento romano. Con la esperanza de que los tribunos no resistirían al contagio y que participarían del extravío y la sublevación, dejábanles ejercer la autoridad de sus cargos. Pedíanles la consigna; formábanse sucesivamente guardias y rondas; y si se desconocía la autoridad de los jefes, gobernándose el soldado por sí mismo, conservaba al menos apariencia de sumisión. Pero la sedición estalló en cuanto vieron á los tribunos censurar y desaprobar su conducta, esforzarse en contenerles y negarse abiertamente á tomar parte en sus furores. Arrojáronles de su tribunal y después del campamento; en seguida los jefes de la revuelta, que eran dos soldados, C. Albo Caleno y C. Atrio Umbro, fueron investidos del mando. Creyendo estos hombres inferiores á su mérito las insignias de tribuno, se atrevieron á arrogarse las del poder supremo y poner mano en las hachas y los haces, no ocurriéndoseles que muy pronto verían caer sobre su cabeza aquellas varas y aquellas hachas que hacían llevar delante de ellos para asustar á los otros. La falsa noticia de la muerte de Scipión les cegaba, no dudando que en cuanto se divulgase encendería el fuego de la guerra en toda España. Ahora bien; en medio de la confusión podrían poner á rescate los aliados y saquear las ciudades vecinas; y en medio del trastorno general, los excesos que todos habrían cometido impedirían que se notasen sus propios atentados.